

madera se llama *mil hombres*. En la cabecera de este lecho hay escrita en letras de oro esta inscripción: *Honni soit qui mal y pense*.

Edward Bich, conde de Warwick y de Holland, posee el Warwick-Castle, en el que arden encinas enteras en sus chimeneas.

En la parroquia de Seven-Vaks, Carlos Saekville, baron Buekhurst, vizconde Granfeild, conde de Dorset, posee un knowle, que es grande como una ciudad, y que se compone de tres palacios paralelos, uno detrás de otro, como líneas de infantería.

Tomás Thynne, vizconde Weymonth, baron Varnimster, posee á Long-lease, que tiene casi tantas chimeneas, claraboyas, glorietas, pabellones y torrecillas como el palacio real de Chambord en Francia.

Henry Howard, conde de Suffolh, tiene á doce leguas de Lóndres el palacio de Andlyene en Middlesek, que casi tiene tanta grandeza y majestad como el palacio real del Escorial de España.

En Bedfordshire posee Enrique, marqués de Kent, el Wrest-Housse-and-Park, que es todo un territorio, rodeado de fosos y de murallas, con bosques, ríos y colinas.

Hampton-lourt, en Hereford, con su poderosa torre almenada y con su jardín, al que un estanque separa del bosque: pertenece á Tomás, lord Coningsby.

Pertenece á Roberto, conde de Lindsay, Grimsthorf, en Lincolnshire, con su alta fachada recortada por torrecillas, con sus parques, sus estanques, con faisanerías, con sus ganados, con sus árboles simétricos y en largas filas, con sus parterres bordados de flores, que se parecen á grandes tapices; con sus praderas para ejercitarse en las carreras y con la grandiosidad del círculo, en el que las carrozas dan la vuelta antes de entrar en el castillo.

Newnhans Padox, en Warwickshire, tiene dos viveros cuadrangulares y una pared frontera con ventanas de vidrios formando cruz; pertenece al conde de Deubigh, que también es conde de Rheinfelden en Alemania.

Wythame, en el condado de Berk, con su jardín á la francesa, en el que se encuentran cuatro cobertizos tallados y una gran torre almenada, pertenece á lord Montagne, conde de Abiegdon, que posee también á Rycott, en cuya puerta principal está escrita esta divisa: *Virtus arietes fortior*.

William Cavendish, duque de Devonshire, posee seis castillos, uno de los cuales, el de Chattsworth, de dos pisos, es de puro orden griego; además su gracia es propietario de un palacio en Lóndres, en el que hay un león que vuelve las espaldas al palacio del rey.

El vizconde Kinalmeaky, que es conde de Cork en Irlanda, posee á Burlington-Housse en Picadilly, y tiene vastos jardines que llegan hasta los campos de fuera de Lóndres; posee también á Chiswick, que ostenta nueve cuerpos de habitaciones magníficas; tiene además Londresburgh, que es un palacio nuevo al lado de otros palacios viejos.

El duque de Beaufort tiene la propiedad de Chelsea, que encierra dos castillos góticos y uno florentino; posee á Badmington en Gloucester, que es una residencia que contiene multitud de avenidas en forma de estrellas.

Jhon Holles, duque de Newcastle y marqués de Clare, posee á Bolsover, cuya torre cuadrada es majestuosa, y además es dueño de Hanghton, en el que sobresale en el centro de un estanque una pirámide imitando á la torre de Babel.

William, lord Craven, baron de Craven de Hampstead, posee en Warwickshire la residencia llamada Com-Abbey, en la que se vé el mejor salto de agua de Inglaterra, y además dos baronías en Berkshire; Hampstead Marshall, cuya fachada presenta cinco linternas góticas, y Asdowne Park, que es un castillo colocado en el punto de intersección de varios caminos de un bosque.

Lord Lineuns, baron de Clancharlie y de Humkerville, marqués de Corleone en Sicilia, funda su pairía en el castillo de Clancharlie, construido en 914 por Eduardo el Viejo contra los daneses; además, es dueño de las propiedades siguientes: Coleone-lodge, que es un palacio; Humkerville-Housse, en Lóndres, que es otro palacio, y ocho castellanías, una de ellas en Bruxton, con derechos sobre las canteras de alabastro, y las otras son Gundraith Hombly, Moricambe, Trenwardraith, Hell-Kerters, que posee un pozo maravilloso, Pillimore y Reculver: finalmente, es dueño de diez y nueve pueblos y aldeas con bailios y todo el territorio de Pensnethchase, todo lo que produce á su señoría cuarenta libras esterlinas de renta.

Los ciento sesenta y dos pares que viven en el reinado de Jacobo II poseen una renta de mil doscientas setenta y

dos libras esterlinas cada año, que es la onceava parte de la renta de Inglaterra.

En el margen del último nombre de lord Lineuns Clancharlie se leía esta nota, escrita por Ursus:

—Rebelde, desterrado; bienes, castillos y dominios secuestrados. Bien hecho.

IV.

Ursus admiraba á Homo, porque es una ley natural que admiremos á lo que se nos parece. La situación interior de Ursus era estar sordamente furioso, y gruñir era su situación exterior; representaba el descontento de la creación: hacer la oposición estaba en su naturaleza, pues veía siempre resaltar ante su vista la parte mala del universo; nada de él le satisfacía por completo. Labrar los panales de la miel no absolvía á la abeja de picar; hacer abrir las rosas no absolvía al sol de proporcionar la fiebre amarilla, ni el vómito negro. Es probable que en lo íntimo de su pensamiento Ursus criticase mucho á Dios. Solo merecían su aprobación los principios, y para eso tenía su modo especial de aplaudirlos. Una vez Jacobo II regaló á la Virgen de una capilla católica irlandesa una lámpara de oro macizo, y Ursus, que pasaba indiferentemente por delante de ella, con Homo, más indiferente aun, se quedó admirado ante el público, y gritó:—Verdaderamente la Santa Virgen tiene más necesidad de una lámpara de oro que los niños pobres, que van con los pies desnudos, necesitan zapatos.

Tales pruebas de lealtad y su evidente respeto á los poderes establecidos, contribuyeron no poco á que los magistrados tolerasen su existencia vagabunda y su alianza con un lobo. Dejaba, por debilidad amistosa, que Homo, algunas veces por la tarde, se estirase los miembros y errase con libertad alrededor de la choza; el lobo era incapaz de un abuso de confianza y se comportaba en sociedad, quiero decir, entre los hombres, con la discreción de un perro de aguas: sin embargo, para no tener que habérselas con justicias de ninguna clase, porque esto era inconveniente, mantenía Ursus encadenado á Homo todo el tiempo posible. Bajo el punto de vista político, su escrito sobre el oro, que estaba ya indecifrabable y poco inteligible, no era otra cosa que un embadurnamiento de fachada, y no era denunciado. Hasta después del reinado de Jacobo II y de los de Gui-

llermo y María, pudieron ver las pequeñas ciudades de los condados de Inglaterra cómo rodaba apaciblemente su carreta. Viajaba libremente de un extremo al otro de la Gran-Bretaña, vendiendo sus filtros y sus redomas, partiendo sus habilidades de médico de plazuela con el lobo y pasando con facilidad á través de las mallas de la red de la policía, tendida en esta época por toda Inglaterra, para acabar con las partidas nómadas y particularmente para detener á su paso á los *comprachicos*.

Por otra parte esto era justo, porque Ursus no pertenecía á ningún partido. Ursus vivía solo con Ursus, esto es, consigo y dentro de sí mismo, donde un lobo metía continuamente el hocico. Ursus ambicionaba ser caribe; no pudiéndolo ser, vivía solitario, y el solitario es un diminutivo del salvaje aceptado por la civilización. Pero el colmo de la soledad es la vida errante, y de esto nacía el no establecerse en ninguna parte; permanecer en algún sitio le parecía domesticarse; por eso pasaba la existencia errando por los caminos. La vista de las ciudades le aumentaba la afición á las grandes malezas, á los bosques y las cuevas bajo las rocas, porque su domicilio predilecto era la selva, y se encontraba en su centro oyendo el rumor de las plazas públicas, que se parece bastante al murmullo de los árboles, y la multitud satisfacía hasta cierto punto su afición al desierto. Le disgustaba de su choza que tenía puerta y ventanas y se parecía demasiado á las casas. Hubiera alcanzado su ideal á haber podido poner una caverna sobre cuatro ruedas y viajar por un antro.

Nunca se sonreía, como dijimos, pero se reía muchas veces con risa amarga. Interviene el consentimiento en la sonrisa, pero la risa es con frecuencia una denegación.

Su gran tema era el odio al género humano, en el que era implacable. Convencido de que la vida humana es terrible; convencido de sus calamidades, de la superposición de los reyes sobre el pueblo, de la guerra sobre los reyes, de la peste sobre la guerra, del hambre sobre la peste y de la bestialidad sobre todo; convencido de que hay cierta cantidad de castigo en el mero hecho de existir, y reconociendo que la muerte nos libra de la vida, cuando se le presentaba un enfermo le curaba. Conocía cordiales y brevajes para prolongar la vida de los viejos. Ponia de pié á los lisiados sin

piernas ni brazos que andan arrastrando, disparándoles este sarcasmo:—Ya puedes andar con dos pies como los demás hombres, y ¡ojalá andes mucho tiempo por este valle de lágrimas!— Cuando veía á un pobre desfallecido por falta de alimento, le daba los liards que llevaba encima y le decía gruñendo:—Vive, miserable, vive y come! ¡Vive mucho tiempo!... No seré yo el que abrevie tu presidio.—Después de hablar así, se frotaba las manos y decía:—Hago á los hombres todo el mal que puedo.

Los transeúntes podían leer por el hueco de la ventana de detrás, en el techo de la choza, esta nota, escrita en el interior, pero visible desde fuera, y hecha con carbon con letras grandes: URSUS, FILÓSOFO.

II.

Los comprachicos.

I.

¿Quién conoce ya ni sabe el sentido de la palabra comprachicos? Los comprachicos, ó comprapequeños, constituían una repugnante y extraña afiliación nómada que fué famosa en el siglo diez y siete, que se olvidó en el siglo diez y ocho y que es ya desconocida en el diez y nueve. Los comprachicos son "como la pólvora de sucesión"; un antiguo detalle social, característico; forman parte de la antigua fealdad humana. Para la penetrante mirada de la historia, que abarca los conjuntos, los comprachicos se relacionan con el inmenso hecho de la esclavitud. Josef, vendido por sus hermanos, es un capítulo de esa leyenda. Los comprachicos han dejado su sello en las legislaciones penales de España y de Inglaterra. Se vé aquí y allá, en la confusión oscura de las leyes inglesas, la presión de ese hecho monstruoso, como se encuentra en un bosque la huella del pie del salvaje.

Los comprachicos, como esta frase indica, se dedicaban al comercio de los niños. Los compraban y los vendían, pero no los robaban; el robo de niños constituía otra industria.

¿Qué hacían de los niños comprados? Los convertían en monstruos. Para qué? Para que hicieran reír.

El pueblo tiene necesidad de reír y los reyes también. Es preciso que las calles tengan su titiritero y los Louvres su bufón; el primero se llama Turlupin y el segundo Triboulet.

Los esfuerzos que hace el hombre para proporcionarse alegría son muchas veces dignos de la atención del filósofo.

¿Qué es lo que insinuamos en estas páginas preliminares? Un capítulo del más terrible de los libros, que podría titularse: *La explotación de los desgraciados por los dichosos.*

II.

Han existido niños destinados á servir de juguetes á los hombres, y existen aun. En las épocas ingenuas y feroces dichos niños constituían una industria especial. El siglo diez y siete, llamado gran siglo, fué una de esas épocas. Fué un siglo muy bizantino; tuvo la ingenuidad corrompida y la ferocidad delicada, variedad curiosa de civilización. Era un tigre sonriendo. Era madame Sevigné, haciendo melindres á propósito de la hoguera y de la rueda. Dicho siglo explotó á los niños en gran escala: los historiadores, aduladores suyos, han ocultado esta llaga, pero dejaron ver el remedio, que fué Vicente de Paul.

Para conseguir hacer del hombre un juguete, es preciso trabajarle cuando es tierno; el enano se forma cuando es pequeño. Un niño derecho no divierte, pero jorobado sí. De aquí nació un arte que tuvo cultivadores. Cogían al hombre y le convertían en un aborto; cogían una cara y la convertían en un mascarón. Tasaban el crecimiento y petrificaban la fisonomía. Esta producción artificial de casos teratológicos tenía sus reglas, era toda una ciencia. Imaginaos una ortopedia en sentido inverso. En donde Dios colocó la mirada, este arte ponía el estravismo; donde Dios puso la armonía, se establecía la deformidad; donde Dios imprimió la perfección, se restablecía el bosquejo; pero para los inteligentes en este arte el bosquejo era la perfección. También reformaban á los animales. La Naturaleza es nuestro cañamazo, y el hombre siempre quiere añadir algo á la obra de Dios, y retoca la creación, unas veces para mejorarla y otras para empeorarla. El bufón de la corte no era más que un ensayo para hacer retrogradar al hombre hasta el mono; progreso hácia atrás. Al mismo tiempo trataban de convertir el mono en hombre. La duquesa de Cleveland, condesa de Southampton, tenía por paje un mono muy pequeño. En casa de Francisca Sutton, baronesa Dudley, servía el thé un mico, vestido de brocado de oro, que lady Dudley llamaba "mi

negro". Catalina Sidley, condesa de Dorchester, iba á sentarse al Parlamento en una carroza blasonada, detrás de la que iban de pié tres papiones de gran librea. Una de las duquesas de Medinaceli, á la que el cardenal Polus vió levantarse de la cama, hacía que le pusiese las medias un orangutan. Estos monos, ascendidos en categoría, eran el contrapeso de los hombres brutalizados y bestializados. Esta promiscuidad del hombre y del animal, que buscaban los grandes, estaba particularmente subrayada por el enano y por el perro. El enano no dejaba nunca al perro, que era siempre más grande que él: eran dos colores unidos; esta justaposición consta por una multitud de documentos domésticos, particularmente por el retrato de Jeffrey Hudson, enano de Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y mujer de Carlos I.

Degradar al hombre conduce á hacerle débil, y se completaba la supresión del estado por medio de la desfiguración. Algunos viviseectores de esos tiempos conseguían borrar bastante bien de la faz humana la efigie divina. El doctor Conquest, miembro del colegio de Amen-Street y visitador jurado de los establecimientos químicos de Londres, escribió un libro en latín sobre esta quirurgia á la inversa y presenta en él sus procedimientos. Si hemos de dar crédito á Justus de Carrich-Fergus, el inventor de esta quirurgia fué un monje llamado Aven-More, palabra irlandesa que significa *Gran Río*.

El enano del elector palatino Perkeo, cuya muñeca ó espectro sale de una caja de dar sorpresas en la caverna de Heidelberg, era un notable *specimen* de esta ciencia, muy variada en sus aplicaciones. Esta ciencia formaba seres cuya ley de existencia era monstruosamente sencilla; les daba permiso para sufrir y les mandaba divertir á los demás.

III.

La fabricación de monstruos se practicaba en gran escala y comprendía diversos géneros. Los necesitaba el sultán, los necesitaba el Papa; aquél para guardar sus mujeres y éste para elevar sus preces. Constituían un género aparte, que no podía reproducirse por sí mismo. Estos seres, casi humanos, eran útiles para la voluptuosidad y para la religión. El serrallo y la Capilla Sixtina consumían la misma especie de monstruos, el primero feroces, la segunda mansos.

Se producían en esa época obras que no se producen ahora, tenía un talento del que hoy carecemos, y no sin razón hay quien cree que estamos en decadencia. Ya no se sabe esculpir en plena carne humana, y por eso el arte de los suplicios se pierde; esa época era aficionada á este género; hoy ya no existe esa afición, y se ha simplificado dicho arte hasta el punto en que pronto quizás desaparecerá del todo. Cortaban miembros á los hombres vivos, abriéndoles el vientre, arrancándoles las vísceras; se estudiaban prácticamente los fenómenos y se hacían descubrimientos; hoy es preciso renunciar á ellos y privarnos del progreso, al que el verdugo impulsaba á la cirugía.

La vivisección de entonces no se limitaba á confeccionar fenómenos para las plazas públicas, bufones para los palacios, especies aumentativas del cortesano y eunucos para los sultanes y para los papas; era abundante en variedades. Uno de sus triunfos fué hacer un gallo para el rey de Inglaterra.

Era costumbre que en el palacio del rey de Inglaterra hubiese siempre una especie de hombre nocturno que cantase como el gallo. Este vigilante, que estaba en pié mientras todos los demás dormían, rondaba el palacio y lanzaba de hora en hora un cacareo de corral, repitiéndolo tantas veces como horas pregonaba, supliendo á una campana. Este hombre, promovido á gallo, sufrió para eso en su infancia una operación en la laringe, cuya operación está descrita en el arte del doctor Conquest. Bajo el reinado de Carlos II, habiendo disgustado á la duquesa de Portsmouth una salivación inherente á la operación, se conservó ese empleo, para que no disminuyese el brillo de la corona, pero se hizo que lanzara el cacareo del gallo un hombre que no estuviese mutilado. Ordinariamente se elegía para este honroso empleo á un antiguo oficial. En el reinado de Jacobo II este funcionario se llamaba William Sampson Coq, y recibía anualmente por cantar nueve libras, dos schellines y seis sueldos (1).

Segun refieren las Memorias de Catalina II, hace apenas cien años que, cuando el czar ó su esposa estaban descontentos de algún príncipe ruso, le

(1) *Estado actual de la Inglaterra*, por el doctor Chamberlayne, 1688. Primera parte, capítulo XIII, página 179.

obligaban á que se acurrucase en la gran antecámara de palacio, y permanecía en esta postura un número determinado de días, mayando como un gato ó cloqueando como una gallina que cobija á los polluelos y que pica en tierra el alimento.

Estas modas han pasado, pero no del todo. En la actualidad los cortesanos que cloquean por agrandar modifican un poco la entonación, y algunos recogen del suelo, por no decir del fango, lo que comen.

Por fortuna, los reyes no pueden equivocarse; así es que sus contradicciones no embarazan jamás. Aprobando sin cesar sus actos y sus palabras, con seguridad se tiene razón, lo que es muy agradable. Luis XIV no hubiera consentido ver en Versalles á un oficial parodiar al gallo ni á un príncipe imitar al pavo. Lo que realizaba la dignidad real é imperial en Inglaterra y en Rusia, le hubiera parecido á Luis el Grande incompatible con la corona de San Luis. Es muy sabido el disgusto que tomó cuando madame Enriqueta contó una noche que vió en sueños una gallina; grave inconveniencia en verdad en persona tan distinguida de la corte. Cuando se vive en palacio no se debe soñar en corrales. Recordad que Bossuet participó del escándalo del reinado de Luis XIV.

—

El comercio de niños en el siglo diez y siete se completaba, como acabamos de explicar, con una industria. Los comprachicos hacían ese comercio y ejercían esa industria: compraban los niños, trabajaban un poco esta primera materia y la revendían en seguida.

Los vendedores eran de todas clases, desde el padre pobre de solemnidad que se desembarazaba de su familia, hasta el señor que utilizaba su ganado de esclavos. Vender los hombres era entonces cosa muy natural. En nuestros días se han batido por sostener este derecho. Recordamos que hace menos de un siglo que el elector de Hesse vendía sus vasallos al rey de Inglaterra, que necesitaba hombres para que se los matasen en América. Acudía á casa del elector de Hesse como á casa de un carnicero á comprar carne, porque dicho elector disponía de carne de cañón. En Inglaterra, cuando mandaba en ella Jeffrys, después de la trágica aventura de Monmouth, decapitaron y descuartizaron á muchos

señores y gentiles-hombres: estas víctimas dejaron esposas é hijas, viudas y huérfanas, y Jacobo II se las entregó á la reina, su mujer. La reina vendió estas ladíes á Guillermo Penn. Es probable que el rey participase de alguna remesa y del tanto por ciento. Pero lo que asombra no es que Jacobo II vendiese aquellas mujeres; lo que asombra es que Guillermo Penn las comprase.

La compra de Penn se excusa ó se explica por el motivo de que, teniendo un desierto para sembrar de hombres, necesitaba mujeres, que formaban parte de sus herramientas. Dichas ladíes proporcionaron un buen negocio á su majestad la reina. Las jóvenes se vendieron muy caras. Se cree malignamente que Penn conseguiría duquesas viejas muy baratas.

Largo tiempo estuvieron semi-ocultos los comprachicos. Hay muchas veces en el orden social una penumbra que favorece á las industrias indignas y en ella viven. En el reinado de los Estuardos los comprachicos no estaban mal vistos en la corte, y en caso de necesidad la razón de Estado se servía de ellos. Para Jacobo II casi fueron un *instrumentum regni*. Fué la época en que se truncaban las familias encumbradas y refractarias, en la que se procedía con rigor en las filiaciones y en la que se suprimían bruscamente los herederos. A veces se frustraba una rama en provecho de la otra. Los comprachicos poseían el talento de desfigurar al que les recomendaba la política; desfigurar vale más que matar. Podía utilizarse también la máscara de hierro, pero este era un mal medio, porque no se puede poblar la Europa de máscaras de hierro, mientras que volatineros deformes recorren las calles verosíblemente: además, la máscara de hierro se puede arrancar, pero la de carne no; os enmascaran para siempre con el propio semblante, y esto es muy ingenioso.

Los comprachicos trabajaban el hombre como los chinos trabajan el árbol. Tenían sus secretos, como hemos dicho, y se han perdido. Hacían desmedrar caprichosamente al sér que salía de sus manos y quedaba ridículo; retocaban al niño con tanto talento, que ni su mismo padre era capaz de reconocerle. A veces dejaban recta la columna dorsal, pero rehacían la cara; quitaban la marca á un niño, como se la quita á un pañuelo.

Los productos destinados á ser volatineros tenían dislocadas las articula-

ciones hábilmente; parecía que habían quedado sin huesos; de éstos salían los gimnastas.

Los comprachicos no solo desfiguraban el rostro de los niños, sino que les quitaban la memoria, al menos la parte de ella que podían. El niño no tenía conciencia de la mutilación que había sufrido; la espantosa cirugía dejaba huellas en la cara, pero no en el espíritu. Lo más que recordaba el niño era que le cogieron unos hombres, que se durmió y que en seguida le curaron. ¿De qué le curaron? lo ignoraba: de las quemaduras del azufre y de las incisiones del hierro no se acordaba. Los comprachicos, durante la operación, adormían al niño con unos polvos especiales que pasaban por mágicos y que suprimían el dolor. Estos polvos se han conocido siempre en la China y se emplean todavía. La China se apoderó antes que nosotros de algunas de nuestras invenciones, como la imprenta, la artillería, la areostación y el cloroformo; pero los descubrimientos que en Europa nacen y crecen, y se esparcen en seguida, convirtiéndose en prodigios y maravillas, permanecen en embrión en la China y allí se conservan muertos. La China es un bocal (1) de fetos.

Ya que hablamos de la China, vamos á ocuparnos de algo que se relaciona allí con este asunto. En la China, en todos los tiempos se ha ejercido la industria de modelar al hombre vivo. Toman un niño de dos ó tres años y le meten en una vasija de porcelana más ó menos caprichosa, que no tiene cubierta ni fondo, para que puedan pasar la cabeza y los pies. Durante el día ponen la vasija en pié y por la noche la acuestan para que el niño duerma; de este modo el niño engruesa sin cesar, llenando con la carne comprimida y los huesos retorcidos todas las prominencias de la vasija. Este aumento dentro de la botella dura muchos años, y en un instante dado es irremediable: cuando se juzga suficiente y se cree que el monstruo está ya formado, se rompe la vasija y el niño sale, obteniendo un hombre de la figura de un cacharro. Esto es cómodo y se puede encargar con anticipación un enano de la figura que se desee.

—

Jacobo II toleró á los comprachicos, pero era porque los utilizaba; á lo menos

(1) Especie de redoma ancha con cuello angosto y largo.— (N. del T.)

esto le sucedió más de una vez. No se desdeña siempre lo que se desprecia. Esta baja industria, expediente magnífico algunas veces para la industria alta que se llama la política, permanecía voluntariamente en miserable estado, pero no era perseguida. No se la vigilaba, aunque se la prestaba cierta atención cuando era útil. La ley cerraba un ojo y el rey abría el otro.

Algunas veces el rey llegaba á confesar su complicidad en las audacias del terrorismo monárquico. Al que querían desfigurar le flordelisaban, quitándole la marca de Dios é imprimiéndole la marca del rey. Jacobo Astley, caballero y baronet, señor de Melton, condestable en el condado de Norfolk, tuvo un hijo vendido en su familia, en cuya frente el comisario vendedor imprimió con un hierro candente una flor de lis. En ciertos casos, si se intentaba probar por medio de razones el origen real de la nueva situación del niño, se empleaba este medio. La Inglaterra utilizaba para sus usos personales la flor de lis.

Los comprachicos, con el matiz que separa una industria de su fanatismo, eran análogos á los extranguladores de la India: vivían entre ellos á bandadas; eran charlatanes, pero por pretexto. Así la circulación les era más fácil. Acampaban aquí y allá, pero eran graves y religiosos y no tenían ningun parecido á los otros nómadas; eran incapaces de robar. El pueblo equivocadamente les confundió durante mucho tiempo con los moriscos de España y con los moriscos de la China: los de España eran monederos falsos y los de la China fulleros. Nada de esto eran los comprachicos; eran gente honrada. Dígase lo que se quiera, eran sinceramente escrupulosos. Empujaban una puerta, entraban, compraban un niño, abonaban el precio y se lo llevaban.

Pertenecían á todos los países. Con el nombre común de comprachicos fraternizaban los ingleses, los franceses, los castellanos, los alemanes y los italianos. Uno mismo era su pensamiento, la explotación en común del mismo negocio, y esto era lo que los fusionaba. En esta fraternidad de bandidos, los de Levante representaban al Oriente, los de Poniente representaban al Occidente. Muchos vascos conversaban con muchos irlandeses: el vasco y el irlandés se comprenden por hablar el antiguo dialecto púnico, y además por las relaciones íntimas de la Irlanda católica con la católica. Es-

pañía, relaciones tan estrechas, que consiguieron hacer ahorcar en Londres á un casi rey de Irlanda, á lord de Brany, lo que produjo el condado de Letrim.

Los comprachicos constituían una asociación más que un pueblo y más un residuo que una asociación. Lo formaba toda la inteligencia del universo, practicando como industria un crimen. Era una especie de pueblo arlequin compuesto de toda clase de harapos. Afiliar á un hombre á él era coser un pedazo.

Vivir errantes era la ley de la existencia de los comprachicos. Aparecían y desaparecían, que el que solo vive de la tolerancia no puede hechar raíces. Hasta en los reinos en los que su industria era proveedora de las cortes, y en caso necesario auxiliar del poder real, eran tratados con aspereza. Los reyes utilizaban su arte, pero echaban á las galerías á los artistas. Estas inconsecuencias constituyen el vaiven del capricho real, porque se las sufrimos.

Los comprachicos eran pobres y podían exclamar como aquella bruja flaca y andrajosa, que veía encender la hoguera donde iban á arrojarla:—“Lo que van á quemar no vale tanto como la candelilla.” Probablemente sus jefes, que eran desconocidos, esto es, los empresarios del comercio de los niños en gran escala, serían ricos. Esto no será fácil aclararlo nunca.

Los comprachicos constituían, como dijimos, una afiliación que tenía sus leyes, su juramento y sus fórmulas, y casi su cábala.

El que desee enterarse á fondo de los comprachicos, que vaya á Vizcaya y á Galicia; como hubo entre ellos muchos vascos, en aquellas montañas debe conservarse su antigua leyenda. Aun hoy se habla en Oyarzun, en Urbistondo y en Leso de esta asociación, y *aguárdate, niño, que voy á llamar al comprachico*, es en dicho país todavía el grito de intimación de las madres á sus niños (1).

Los comprachicos se daban citas; de vez en cuando los jefes tenían conferencias. Existían en el siglo diez y siete cuatro sitios principales para verificar estos encuentros. Uno en España, en el desfiladero de Pancorbo; otro en Alemania, en la pradera llamada La Mala mujer, cerca de Diekirch, en la que hay dos bajo-relieves enigmáticos que representan á una mujer con ca-

(1) Así lo dice el autor. Esto, si no es vero é ben trovato. —(N. del T.)

beza y á un hombre sin ella; otro en Francia, en el antiguo bosque sagrado Borvo-Tomona, cerca de Bourbonne-les-Bains, y otro en Inglaterra, detrás de la pared del jardín de William Chaloner, escudero de Gisbrongh, en Cleveland, en York, entre la torre cuadrada y la pared delantera que ostenta una puerta ojiva.

VI.

Las leyes contra los vagabundos han sido siempre muy rigurosas en Inglaterra. La Inglaterra, en su legislación gótica, parecía que se inspiraba en este principio: *Homo errans fera errante peior*. Uno de sus estatutos califica al hombre sin asilo de “más peligroso que el áspid, el dragón, el lince y el basilisco.”

La ley inglesa, por lo mismo que toleraba, como acabamos de ver, al lobo aprisionado y doméstico convertido casi en perro, toleraba también al vagabundo que se hacía su vasallo. No inquietaba ni al saltimbanqui, ni al barbero ambulante, ni al físico, ni al buhonero, ni al sábio al aire libre, porque tenía un oficio para poder vivir. Fuera de esto y de algunas excepciones, la clase de hombre libre que se encierra en el hombre errante daba miedo á la ley. Un hombre de paso era un enemigo público posible. La voz moderna *Flaner* no se conocía; solo se conocía la voz antigua vagar. Tener rostro sospechoso, tener ese no sé qué que todo el mundo adivina y nadie sabe definir, bastaba para que la sociedad se dirigiese á un hombre y le preguntase: *Dónde vives? qué oficio tienes?* Si no contestaba satisfactoriamente, tenía que sufrir duras penalidades. El hierro y el fuego estaban entonces en el Código, y la ley practicaba la cauterización de la vagancia.

Había, pues, en todo el territorio inglés “una ley de sospechosos,” que se aplicaba á los vagabundos, malhechores y en particular á los gypcios, cuya expulsión fué comparada, sin fundamento, á la expulsión de los judíos y de los moros en España y de los protestantes en Francia; pero nosotros no confundimos una batida con una persecución.

Insistimos en afirmar que los comprachicos nada tenían de comun con los gypcios. Los gypcios constituían una nación; los comprachicos eran un compuesto de todas las naciones, un residuo, como hemos dicho, una cubeta de aguas inmundas. Estos no poseían, como los

gypcios, idioma único y peculiar de ellos; su jergonza era una promiscuidad de idiomas; todas las lenguas mezcladas formaban su lengua; acabaron por ser, como los gypcios, un pueblo que serpentea por entre los otros pueblos, pero cuyo lazo comun era la afiliación, no la raza. En todas las épocas de la historia se han manifestado en la vasta masa líquida de la humanidad arroyos de hombres venenosos fluyendo aparte y envenenando á su alrededor. Los gypcios eran una familia; los comprachicos una francmasonería, pero no establecida para conseguir un fin humanitario, sino para crear una industria repugnante. Los gypcios eran paganos y los comprachicos cristianos, y cristianos á machamartillo, como convenía á una afiliación que, si bien se esparcía por todos los pueblos, nació en España, país de voto.

Eran no solo cristianos, sino católicos; no solo católicos, sino romanos, tan obstinados en su fé, que rehusaron asociarse con los nómadas húngaros de Pesth, que mandaba y conducía un anciano que llevaba un bastón con puño de plata, sobre el que ostentaba el águila de Austria de dos cabezas, y sus húngaros eran cismáticos, hasta el extremo de celebrar la Asunción el 27 de Agosto, lo que es abominable.

En Inglaterra, mientras reinaron los Estuardos, fué, como dijimos, casi casi protegida la asociación de los comprachicos. Jacobo II, hombre fervoroso, que persiguió á los judíos y á los gypcios, fué buen príncipe para los comprachicos; ya vimos por qué: ellos compraban la carne humana que el rey les vendía; se juntaban solo para realizar desapariciones que la salud del Estado necesitaba de vez en cuando. Al heredero incómodo y de poca edad que tomaban por su cuenta, le hacían perder la forma en muy poco tiempo: esto facilitaba las confiscaciones. Las transferencias de las señorías á los favoritos así quedaban simplificadas. Los comprachicos eran además discretos y callados; prometían guardar silencio y cumplían la palabra, y esto es necesario en los asuntos del Estado. Casi no hubo ningun ejemplo de que hubiesen vendido los secretos del rey: verdad es que callaban por su propia conveniencia, porque si el rey hubiera desconfiado de ellos, hubieran visto en peligro inminente. Eran, pues, un resorte bajo el punto de vista de la política, y además proveían de cantores á Su Santidad.

Los comprachicos eran útiles para el *Miserere* de Allegri, y eran particularmente devotos de María; esto halagaba el papismo de los Estuardos, y Jacobo II no podía ser hostil á los hombres religiosos que profesaban devoción á la Virgen, hasta el punto de fabricar eunucos. En 1688 hubo cambio de dinastía en Inglaterra. La casa de Orange suplantó á la de Stuart. Guillermo III reemplazó á Jacobo II. Este fué á morir en el destierro y se hicieron milagros en su tumba; sus reliquias curaron al obispo de Antun una fistula, digna recompensa de las virtudes cristianas de este príncipe.

Guillermo, que no tenía ni las ideas ni las prácticas de Jacobo, fué severo con los comprachicos, y puso gran voluntad para conseguir reventar semejantes sabandijas.

Un estatuto de los primeros tiempos de Guillermo y de María hirió rudamente á la afiliación de los compradores de niños. Dió un golpe de maza á los comprachicos, que desde entonces quedaron pulverizados. Segun dicho estatuto, á los hombres de la citada afiliación que fuesen habidos y convencidos de pertenecer á ella, se les marcaría en las espaldas una R con un hierro candente, que significaba *roque*, esto es, indigente; en la mano izquierda una T, que significaba *thief*, esto es, ladrón, y en la mano derecha una M, significando *man slay*, esto es, asesino. Los jefes, ricos presuntos, aunque de aspecto de pordioseros, serán castigados con el *collistrigium*, esto es, con la picota, marcados en la frente con una P, confiscados sus bienes y arrancados los árboles de sus bosques. Los que se nieguen á denunciar á los comprachicos serán castigados con confiscación y prisión perpétua. En cuanto á las mujeres que se encuentren con los comprachicos, sufrirán el *cucking-stool*, que consiste en una trampa, que ahora esplicaremos. Como las leyes inglesas cuentan extraña longevidad, existe todavía este castigo en Inglaterra, que hoy se impone á las “mujeres pendercieras.” Se suspende el *cucking-stool* en un río ó en un estanque; la hacen sentar en una especie de silla, que forma dicha trampa, y dejan caer la silla en el agua, la sacan y la vuelven á introducir hasta dar con ella tres chapuzones á la mujer castigada, “para refrescar su cólera,” como dice el comentador Chamberlayne.